

UN THRILLER HISTÓRICO EN EL QUE DEBERÁS CONTENER
LA RESPIRACIÓN PARA SEGUIR CON VIDA

LA
MUERTE
QUE
RESPIRAS



LOLA P. NIEVA

mī

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1. El elegido

Capítulo 2. Almas selladas

Capítulo 3. Ofrendas

Capítulo 4. La Casa de la Vida

Capítulo 5. La elegida

Capítulo 6. Empuñando un nuevo destino

Capítulo 7. Un hombre paciente

Capítulo 8. Sombras, secretos y encuentros

Capítulo 9. El luctuoso aroma del cobre

Capítulo 10. El nacimiento de una senut

Capítulo 11. Tras los muros

Capítulo 12. Un enemigo que huele a incienso

Capítulo 13. La incipiente llama de la vida

Capítulo 14. Lanzando y mordiendo anzuelos

Capítulo 15. Un ojo se cierra, muchas bocas se abren

Capítulo 16. Regresa a nosotros

Capítulo 17. El nacimiento de un dios

Capítulo 18. Piezas que encajan

Capítulo 19. El dios de la guerra tiene voz de mujer

- Capítulo 20. En las fauces de un dios voraz
- Capítulo 21. Jepri, el vengador
- Capítulo 22. El sagrado manto de la mentira
- Capítulo 23. El mordisco de Apofis
- Capítulo 24. Esperando a Hathor
- Capítulo 25. En los brazos de Montu
- Capítulo 26. En los brazos de Anubis
- Capítulo 27. Un observador omnipresente
- Capítulo 28. Volutas de humo e intrigas
- Capítulo 29. El corazón desaparecido
- Capítulo 30. El sonido descarnado de un alma rota
- Capítulo 31. En busca de la verdad
- Capítulo 32. Mil pedazos unidos en un abrazo
- Capítulo 33. Sospechas fundadas
- Capítulo 34. El emisario de Maat
- Capítulo 35. Agitando el avispero
- Capítulo 36. Sed de tinta
- Capítulo 37. Piezas que se mueven
- Capítulo 38. Cambio de planes
- Capítulo 39. El despertar del pasado
- Capítulo 40. Morirás por ella
- Capítulo 41. Confidencias con aroma de café
- Capítulo 42. La azarosa vida de la crisálida
- Capítulo 43. La pieza que falta
- Capítulo 44. Entre la pasión y la razón
- Capítulo 45. Un buen lugar para morir
- Capítulo 46. Heredera de un secreto
- Capítulo 47. Secretos compartidos
- Capítulo 48. Entre rosas, preguntas y perfumes
- Capítulo 49. La llave de tres vidas
- Capítulo 50. El fuego aleja el frío y la luz, la oscuridad
- Capítulo 51. La muerte que respiras, la vida que espiras

Capítulo 52. A las puertas de la verdad

Capítulo 53. La profecía

Capítulo 54. Se avecina tormenta

Capítulo 55. El código sumerio

Capítulo 56. De dioses y hermanos

Capítulo 57. La trampa de la verdad

Capítulo 58. Allí donde tú vayas, allí iré yo

Capítulo 59. En el valle de la muerte

Capítulo 60. El guardián de la eternidad

Capítulo 61. El final de un principio

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Luxor, 30 de noviembre de 1925. Zaid Nasser, arqueólogo adjunto de Howard Carter, teme ser la novena víctima de la maldición de Tutankamón. Decidido a escapar del gélido aliento de la muerte, consigue unos antiguos legajos árabes y se introduce en la tumba con intención de anularla. Pero antes deberá viajar al pasado, al corazón de la antigua Tebas, para conocer el origen de la misma y encontrar las respuestas que pueden salvarle la vida.

Tebas, año 1327 a. C. dinastía XVIII. ¿De qué murió realmente el joven faraón? ¿Quién selló su tumba con una maldición? ¿Por qué matan a los escribas del templo de Amón? ¿Qué secreto intentan proteger? ¿Quién se esconde bajo la máscara de Anubis? ¿Por qué la muerte huele a tinta?

Un temible asesino siembra el pánico en Tebas y solo una mujer con la marca del escarabajo podrá detenerlo. La muerte no olvida un aliento, da igual las veces que nazcas.

¿Te atreves a respirarla?

LA MUERTE QUE RESPIRAS

Lola P. Nieva

mī

En Egipto se llamaba a las bibliotecas «el tesoro de los remedios del alma». En efecto, curabase en ellos de la ignorancia, la más peligrosa de las enfermedades, y el origen de todas las demás.

JAKUES BÉNIGNE BOSSUET

*A mi madre, por su entrega absoluta, su comprensión infinita,
su amor incondicional.*

*Por todos y cada uno de los besos de buenas
noches,
por esos despertares enérgicos sacudiendo el
sueño a base
de palmadas y urgencia.*

*Por su entrañable preocupación. Por cada mirada tierna, por todas
las reprimendas, los consejos, los límites, los
merecidos castigos.*

*Por su eterna paciencia, por su dulce dedicación, por sus desvelos,
sus mimos, su protectora presencia.*

*Por su infatigable disposición, su oídos prestos,
su conversación animosa.*

*A ti mamá, por impregnar mis recuerdos con
tu esencia, por inundar mi corazón de amor, y
por sembrar mi alma de gratitud.*

*Por todo eso y por mucho más, para mí ya
eres inmortal.*

Prólogo

Era ella, no había duda.

La había reconocido por el parecido con su madre.

La odiaba, porque por su culpa la había perdido.

Tenía que hacérselo pagar.

Ella, aquella cría insolente y altanera, era la culpable de no tener una madre. Sí, se dijo, merecía sufrir su mismo dolor. Miró un puñado de piedras que había apiñadas junto a una casa y pensó que un moretón por cada lágrima sería lo justo.

Se abalanzó hacia aquel montón de guijarros y, al levantar el primero, un escarabajo emergió de un hueco y saltó sobre su mano. El niño la sacudió aprensivo y el insecto cayó a la tierra panza arriba. Agitó sus robustas y peludas patas dentadas en un intento por girarse para continuar su huida. Y aquello lo subyugó. En ese cuerpo negro y brillante moraba el alma de su difunta madre. Nadie mejor que él lo sabía. Pues había visto cómo se había transmutado en aquel insecto.

Lo interpretó como una señal. Su madre aprobaba su particular venganza. Sonrió complacido.

Con la ayuda de una vara que encontró junto a la pila, ayudó al escarabajo a darse la vuelta y observó alborozado su trayectoria.

Iba hacia ella.

Volvió a mirar a aquella niña que jugaba jubilosa, ajena al drama que su sola existencia había provocado. Y entonces decidió multiplicar sus brazos.

Acudió a la pandilla de amigos con los que solía tramar sus tropelías y les propuso la travesura. Los convenció de la maldad de aquella cría, como si se tratara de uno de los demonios del *Amenti*. Y los condujo hacia el arsenal de piedras, alentándolos a ser letales.

Los acicateó con una arenga rezumante de odio, contagiándolos de su furia. Y la cuadrilla al completo se aprovisionó de guijarros para comenzar luego a rodearla.

Un moretón por cada lágrima vertida, se repitió mentalmente. Una sonrisa ansiosa estiró sus labios y la sola anticipación de su venganza le proporcionó un cosquilleo desconocido, tan placentero que hasta se relamió de gusto.

Él fue el primero.

Lanzó su piedra con toda la fuerza de la que hizo acopio, apuntando cuidadosamente al pecho. Ahí era donde más le dolía a él.

El brutal impacto la derribó.

Pudo oír un jadeo sobrecogido y luego un lamento dolorido.

Al descubrir la flor roja que comenzaba a teñir su túnica blanca y que se extendía en hebras deshilachadas, el gozo que lo invadió fue tan intenso como los chillidos de la cría.

Ya alzaba el brazo para dar la señal de ataque cuando apareció de la nada un chiquillo alto y escuálido de porte desgarbado. Corrió hacia la niña herida y le susurró algo al oído mientras la ayudaba a ponerse en pie.

—¡A por ellos!

Comenzaron a descargar una andanada tras otras. Y ante su sorpresa, aquel necio cubrió con su cuerpo a la niña

mientras la guiaba hacia un angosto callejón del arrabal.

Redoblaron la fiereza de los lances, imprimiendo más ímpetu y premura a la ofensiva. El larguirucho salvador permaneció en la entrada de la calleja, bloqueándola. Ofuscado, atisbó cómo su presa corría veloz como una gacela perdiéndose en el laberíntico trazado de aquel suburbio.

El fracaso de su plan inflamó su furia contra aquel muchacho. Apenas se apercibió de que sus amigos ya no arrojaban guijarros. Porque el muchacho, ensangrentado y malherido, había caído de rodillas sobre la arena. A él no le importó.

Continuó lanzando sus piedras hasta que la gran mano de un adulto lo detuvo.

Sintió una violenta bofetada que le giró la cara.

—¡Ya basta, ese pobre infeliz está medio muerto!

—Él se lo ha buscado —rezongó huraño.

Dos mujeres corrieron a socorrerlo. El hombre que lo había abofeteado lo tomó en brazos y cargó con él calle abajo. Cuando pasaron por su lado, comprobó con regocijo el lamentable estado de su rostro.

Pensó en la fortuna de aquella maldita niña. Y se prometió consagrar su vida para atormentar la de ella.

Poco sabía en aquel momento de lo premonitorio que sería aquel deseo.